Teatro

Perversa brutalidad de la política

'PURGA'

Autora: Sofi Oksanen / Versión y dirección: José Herrero / Escenografía: Deborah Macías / Iluminación: Víctor Cadenas / Reparto: Nina Ikonen, Ana Pimenta, Sandra Ferrús, Álvaro Garayalde, David Macías, Borja Fano / Escenario: Sala Cuarta Pared
Calificación: ★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Vuelve a sus orígenes teatrales este texto, convertido luego por la autora en monumental novela de ámbito universal. *Purga* fue primero teatro; y supongo que a esta circunstancia se ha ajustado esta versión de José Herrero y la meritoria compañía que dirigen Iñaki Salvador y Ana Pimenta. De otra forma, trasladar al escenario la novela hubiera sido poco menos que imposible.

La autora Sofi Oksanen se ha convertido en un fenómeno mundial de la narrativa y no sólo por esta obra. Purga, como término político, es la condena y liquidación masiva de disidentes políticos dentro de un partido; las purgas de Stalin que Kruchev aventó en el XX Congreso de 1956 es la referencia máxima de esta práctica dictatorial y cruenta. Y demuestran hasta qué punto Stalin pervirtió la idea emancipatoria que decía defender.

Pero hay otras purgas menos aparatosas y criminales; lo mismo que hay otros países sometidos a la dominación extranjera, con sus traidores, sus cipayos y sus torturadores; el siglo XX y la historia de la humanidad en general es un catálogo de horrores. Estonia anexionada por la Unión Soviética tras Yalta y la Gran Guerra no es extrapolable a ámbitos españoles, por ejemplo; cosa que tampoco hace el montaje.

Purga es un montaje sólido, muy trabajado y con un grado de profesionalidad tan alto que para sí quisieran muchas grandes compañías públicas y privadas. La interpretación responde a la naturaleza de un realismo profundo y no al criterio de ilustración de la palabra, que a veces se confunde y es otra cosa.

La escenografía y las luces resultan asfixiantes incluso dentro del clima angustioso y opresivo de *Purga*; mafias rusas tras la recuperación de la independencia, ajustes de cuentas en 1992, permanencia brutal del recuerdo, oportunismo político como fórmula de supervivencia: una estética acumulativa de cachivaches innecesaria; el espacio vació suele ser mucho más fecundo. Y el amor, un amor implacable, obsesivo y maldito que justifica hasta lo injustificable: la traición. Al final, siempre vuelven los fantasmas: la conciencia culpable sin determinismos históricos ni patrióticos.